

Imagen primera

Por Juan GARCÍA PONCE

Dibujos de MAKÁ y Ángel OCAMPO

A Meche

La casa, tal como Enrique la conoció, ya no existe. Cuando él visitaba a Inés, una simétrica hilera de cipreses casi negros, esbeltos y susurrantes, se mecía imperceptiblemente al viento detrás de la alta barda de ladrillos rojos coronada de cascos de botella. Caminando a lo largo de esta barda por la estrecha calle empedrada, sin banquetas, se llegaba al zaguán de nogal un tanto resquebrajado y sin pintar. Ahí, en lugar de utilizar el llamador, había que estirar la mano hasta el cabo del cordón que sobresalía apenas a través de un pequeño agujero sobre la bisagra derecha y la campana repicaba varias veces, provocando enseguida los ladridos de los perros.

Después de abrir, la sirvienta se quedaba junto a la puerta y había que avanzar a solas por el sendero de grava suelta que serpenteaba alrededor de los macizos de flores, se dividía en dos al llegar a la fuente, rodeándola, y volvía a unirse unos metros más adelante para terminar frente a los tres escalones de la entrada. Al caminar sobre la grava las pisadas producían un rumor sordo. Mientras, los ladridos de los perros seguían rompiendo el silencio que siempre parecía envolver a la casa.

Sin embargo, ese jardín plano, en el que con la excepción de los cipreses que lo enmarcaban no crecía ningún árbol y a pesar de esto parecía fresco y sombreado hasta en las tardes de verano, como si de él mismo se desprendiera una humedad que devorara la luz y le impidiera reflejarse, tenía un extraño atractivo. La enorme extensión ligeramente ondulada de pasto aparecía rota tan sólo por los macizos de flores, trazados originalmente con un perfecto sentido de equilibrio, pero que ahora parecían empeñados en romper las formas que les habían sido impuestas mezclándose entre sí, produciendo primero una concentración de tallos y ramas en el centro para después, apoyadas en esa fuerza, extenderse hacia afuera, como si quisieran imitar a la hiedra que desde la barda tendía también algunas de sus ramas para abrazar los troncos rugosos de los cipreses, manchándolos de verde. El surtidor de la fuente no dejaba escapar más que unas cuantas gotas que habían terminado por seguir un camino fijo marcándolo de moho, pero en la base había siempre el agua suficiente para mantener vivos a los lotos. Hacia la mitad de la casa, una cerca de alambre unida a ambos lados de la construcción con la barda impedía el paso de los perros y separaba el jardín del patio. Detrás de ella, higueras, pinos y manzanos crecían libremente. La entrada posterior daba también a ese patio y en el fondo, sobre el garage y los cuartos de servicio, estaba el cuarto de juego de Fernando, que ahora él había convertido en una especie de estudio.

La puerta de la casa se abría a una estancia cuyas dimensiones hacían parecer insuficientes los innumerables sofás, sillones y mesitas, las lámparas, los oscuros cuadros coloniales y retratos de familia, los santos de madera policromada y los biombos que aspiraban a vencer la sensación de vacío y crear una cierta intimidad. Sin embargo, su misma desproporción acentuaba su carácter de verdadero centro de la casa. De ella salía la escalera que conducía al segundo piso, construido a su alrededor, y por ella se entraba por un lado al comedor, cuya enorme mesa ya nunca se utilizaba y en cuyos recios aparadores se exhibía la vajilla de la familia, y por el otro, a la biblioteca de lujosos volúmenes empastados, antiguo despacho del padre de Inés, y a la sala de juego, donde los paños de las dos mesas de billar iban perdiendo el color sin que la dueña de la casa permitiera que los cubrieran, a pesar de que ya nadie jugaba en ellas. En esa sala, Enrique pasó muchas tardes con Inés, viendo cómo poco a poco la noche convertía en manchas oscuras los macizos de flores, mientras en la estancia la madre se ocupaba siempre de que la puerta se quedara abierta y conversaba en voz baja con el padre Anselmo.

En el segundo piso, dos de las habitaciones estaban cerradas siempre; Inés ni siquiera recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había entrado en ellas. En las demás estaban los dormitorios de los tres últimos miembros de la familia y una absurda mezcla de costurero y cuarto de música, sobre cuyo piano se amontonaban las sábanas y manteles que la madre bordaba todo el tiempo. En ella estaba también el retrato al óleo del padre, que la madre había descolgado de la sala y llevado ahí para tenerlo más cerca, aunque sobre todas las mesas también era posible encontrar innumerables

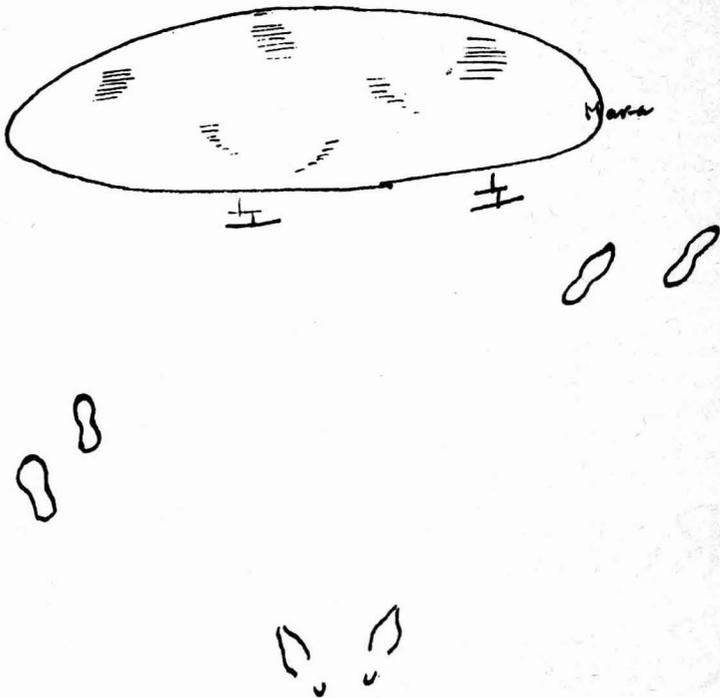
fotografías suyas solo, con su mujer y con sus hijos, que demasiado pequeños todavía aparecían siempre en sus brazos o sentados sobre sus piernas.

La misma profusión de retratos, enriquecidos con la presencia de hermanos y hermanas, primos y sobrinos, reaparecían en el cuarto de la madre sobre el tocador y las dos mesas de noche colocadas a los lados de la estrecha cama de soltera que había sustituido a la matrimonial desde la muerte del padre. En la otra ala, las habitaciones de Inés y Fernando estaban separadas por un baño con el que las dos se comunicaban directamente. La mayor parte de los objetos de éste habían sido trasladados por él al estudio, así que su habitación parecía totalmente impersonal, con la cama pegada a la pared y un enorme ropero antiguo por todo mobiliario. En cambio, Inés conservaba en la suya todas sus muñecas y juguetes de niña cuidadosamente acomodados sobre dos tarimas que cubrían la totalidad de la pared izquierda. Frente a ellas, sobre la cama, descansaba siempre un perro de peluche, regalo de Fernando, que Inés colocaba en el sillón de al lado todas las noches antes de acostarse.

Al recordar la casa, Enrique recuerda siempre la vaga sensación de angustia con la que casi todas las tardes durante parte del verano, el otoño y el invierno de aquel año, al salir de la universidad, llegaba hasta el zaguán y se detenía un instante antes de tocar la campana. Entonces, la madre de Inés con sus inconfundibles vestidos de seda estampada sobre los que se ponía un chal al anochecer y en las tardes de invierno, salía a esperarlo en la puerta y le indicaba que Inés estaba en la sala de juegos con la misma expresión de inseguridad, sin cambiar con él más que las palabras indispensables.

Antes de empezar a estudiar y conocer a Enrique, el único contacto verdadero de Inés con el mundo exterior era Fernando. Habían crecido solos y juntos en la enorme casa. Al principio, sus primos pasaban el primer y el tercer domingo de cada mes con ellos y ellos iban a visitarlos, acompañados por una nana, los dos restantes; pero cuando su padre murió, las visitas se interrumpieron durante algún tiempo para reanudarse sólo por dos o tres meses más y luego suspenderse definitivamente. Su madre les explicó que sus primos se habían ido a vivir fuera, pero para Inés la noticia significó exclusivamente que ahora nadie vendría a quitarle el primer lugar en los juegos con Fernando y los lugares preferidos y escondites secretos le pertenecerían por completo. Entonces tenía cinco años.

De la muerte de su padre sólo recordaba oscuramente las largas semanas en que ella y Fernando habían tenido que pasar



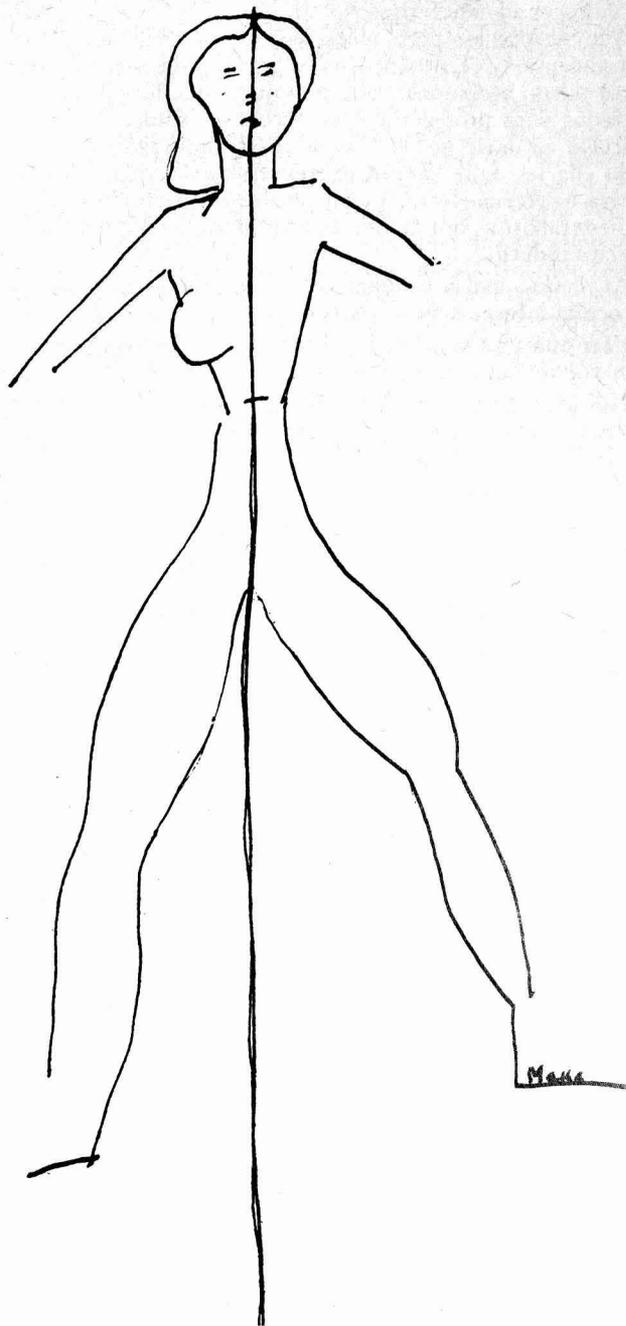
frente a la puerta siempre cerrada de su cuarto, de puntillas para no hacer ruido, y poder quedarse luego escondidos detrás de una de las columnas del corredor superior, tratando de escuchar lo que se decía adentro y espiando a los misteriosos señores desconocidos y graves que ahora lo visitaban de continuo, hasta que su madre o alguna de las sirvientas los sorprendían y los obligaban a regresar al jardín sin regañarlos nunca, acariciándolos comprensivamente; después, la tarde en que sin entender lo que pasaba, ayudó a su nana a cortar flores en el jardín mientras su madre encerrada en su cuarto con Fernando lloraba abrazada a él, y por último el olor a incienso y flores marchitas que durante los días siguientes subía desde abajo junto con el rumor de las voces de las desconocidas vestidas de negro que rezaban el rosario, conducido por el padre Anselmo.

Poco después, Fernando, con el suéter señalado por la cinta negra que a ella se habían negado a ponerle a pesar de su llanto, empezó a tomar clases con un maestro y durante un año ella tuvo que repetir sin su ayuda los múltiples juegos que él le había enseñado cuando no podía escaparse de la vigilancia de la nana e ir a pegar la cara a los vidrios de la ventana de la biblioteca tratando de llamarle la atención a Fernando, que al descubrirla le hacía señas y se reía con ella, hasta que el maestro salía a llamar a la madre y la nana volvía a llevársela a rastras. Pero el año siguiente ella empezó también a tomar las clases y los dos volvieron a estar juntos en todo momento, apoyándose mutuamente y ayudándose en todo, como dos cómplices dueños de un secreto que no era necesario formular, al principio sin separarse ni siquiera en las pocas ocasiones en que su madre los obligaba a acompañarla a otras casas y durante una excitada tarde los niños formaban grupos separados y antagónicos de los de las niñas, hasta que de pronto su madre empezó a hablar todo el tiempo de que Fernando ya era grande, y él también se decidió a mantenerla aparte de sus juegos y empezó a dejarla sola en las fiestas con las niñas; un poco más adelante, ella supo que en unos meses, que pasaron sin que ninguno de los dos se diera cuenta, él se iría a un colegio.

Fue a dejarlo con su madre al aeropuerto, y durante muchos días lloró a solas, incapaz de recordar de él algo más que su figura en el momento de subirse al avión. El antiguo maestro fue sustituido entonces por una maestra, joven, mucho más simpática y cariñosa, que intentaba que Inés conversara con ella y pretendía que la tratara como a una amiga, pero nunca logró que ella recuperara el entusiasmo que sentía por las clases cuando las compartía con Fernando y en cualquier forma, estuvo demasiado poco tiempo con ella para borrar el recuerdo del maestro anterior, porque a los pocos meses Inés también dejó la casa para irse al colegio.

Cada año, su madre pasaba una semana con ella y otra con Fernando; pero los hermanos no volvieron a estar juntos hasta mucho después, cuando Inés tenía ya diecisiete años. Al llegar, ella lo había olvidado casi por completo y aunque tenía fotografías suyas de todas las épocas le fue difícil reconocerlo. No sólo había cambiado de una manera distinta a la de ella, sino que era una persona diferente, como la casa, que a pesar de su tamaño parecía mucho más pequeña que antes, o como la ciudad, en la que no había nada que ella recordara. Para él, que sólo había estado dos años fuera y ahora estudiaba en la universidad, todo parecía natural, pero Inés pensó que ella nunca se acostumbraría. Sus amigas del colegio serían siempre sus únicas amigas y la idea de estar en su casa, dueña por completo de su tiempo, sin ningún horario ni programa establecido, como durante las clases o en los campamentos de verano, le producía una sensación de inseguridad y vacío.

Las primeras semanas, Fernando insistía en llevarla a todos lados y le recordaba continuamente escenas de su infancia, que ella creía haber olvidado, con una cordialidad que la turbaba en lugar de alegrarla, a pesar de que en todas sus acciones Inés descubría una admiración secreta, respetuosa, que nadie había tenido jamás por ella. Escribía cartas a todas sus amigas e incluso a muchas compañeras que nunca habían llegado a serlo verdaderamente y de las que no esperaba ninguna respuesta; pero poco a poco, se acostumbró también a esa nueva vida y con ella a la admiración de Fernando, que empezó a convertirse en la parte más importante de sus días. Él había convertido ya su antiguo cuarto de juego en estudio y llegaba continuamente con raíces y objetos extraños, sucios y retorcidos, para transformarlos luego en esculturas. En ese estudio él le hablaba de la universidad, de sus amigos, pero siempre como algo distante de lo que ella no tenía por qué formar parte nunca. Mientras él estaba fuera, Inés recorría el jardín y el patio en busca de objetos que pudieran agradecerle o leía los libros que él amontonaba bajo la cama para no tener que llevar al estudio un librero. Después, cuando Fernando llegaba, lo ayudaba a transformar



los objetos en esculturas cubriéndolos con yeso y aceptó la obligación de mantener siempre húmedo el barro que él guardaba en una enorme caja de madera, bajo la ventana. Algunas veces, Fernando llegaba con amigos y le pedía a Inés que los dejara solos, como si se avergonzara un poco de su presencia o no quisiera compartir esa parte de su vida con ella. Desde su cuarto, Inés los veía salir mucho más tarde, riéndose y hablando a gritos mientras Fernando sujetaba a los perros, y descubrió, por las botellas vacías, que en algunas ocasiones bebían; pero muy pronto él dejó de llevarlos y en la casa siempre estaban los dos, solos.

Entonces, el padre Anselmo, que había escuchado cantar un día a Inés, le pidió a su madre que la dejara entrar a su coro y al principiar el año, la madre dijo que ella tenía que empezar también a estudiar otra vez. Estaban los tres en la mesa del antecomedor con el padre Anselmo, acababa de pasar la Navidad e Inés, que siempre tenía frío, a pesar de las protestas de su madre, tenía puesto el abrigo que Fernando acababa de regalarle. Después del anuncio de la madre, el padre Anselmo dijo que ya habían escogido la escuela.

—Por fortuna, te falta el bachillerato y no puedes entrar a la universidad, pero hemos pensado que ahí podrías seguir contabilidad —aclaró.

Inés se quedó callada y el padre se sintió obligado a seguir:

—Desde luego, la última decisión te pertenece por completo... Hay muchas carreras...

La madre aprobó con la cabeza, sonriendo; pero antes de que Inés contestara, Fernando intervino para protestar.

—No veo por qué ha de tener que estudiar; nunca va a trabajar en nada de todos modos.

—No se trata de eso... —empezó la madre.

—Y además, haces mal en pensar así —siguió el padre Anselmo—. Nunca se sabe lo que puede pasar; después de

todo, Dios es el único capaz de decidir. —Fernando ocultó un gesto de desprecio, pero el padre siguió adelante, sonriendo amistosamente—: Tu madre se ha sacrificado mucho por ustedes, eso puedo asegurarlo; ahora es justo que le paguen estando preparados para protegerla si es necesario, y una de las formas de hacerlo es darle por lo menos la tranquilidad de saber que cuando ella les falte sabrán enfrentarse a la vida. Ni siquiera esta casa es eterna. Nadie puede ser menos partidario que yo de que Inés trabaje; pero la vida es muy dura... Ya tendrás tiempo de aprenderlo...

—Al menos podría estudiar otra cosa ¿no? —insistió a pesar de la oculta advertencia Fernando.

—¿Tú qué piensas, hija? —preguntó entonces el padre Anselmo, volviéndose hacia Inés.

—No lo sabe —dijo Fernando, respondiendo por ella de una manera natural, instintivamente.

—¿Por qué no? —insistió todavía el padre Anselmo.

La madre se inclinó hacia adelante y extendiendo el brazo a través de la mesa puso su mano sobre las de Fernando, mientras le hablaba a Inés.

—No es necesario decidirlo hoy mismo —dijo—. Tienes casi un mes para pensarlo. —Se volvió hacia Fernando y terminó dirigiéndose a él—: Y tú puedes ayudarla a elegir muy bien.

El padre Anselmo miró a los tres un instante, preparándose para hablar; pero de pronto, cambió de opinión y se quedó callado.

Finalmente, Inés decidió estudiar química, sin la aprobación de Fernando, que encontraba que para ella la carrera era idiota, pero con su consentimiento. Una tarde, tuvo que ir con su madre a comprarse el uniforme. Al llegar a la casa, excitada, se cambió inmediatamente y corrió al estudio a enseñárselo a su hermano. Abrió la puerta con el aliento entrecortado por la carrera y se quedó bajo el dintel deteniendo todavía la puerta con la mano.

—Mira.

Él estaba acostado en la cama, leyendo. Dejó el libro a un lado y la contempló largamente.

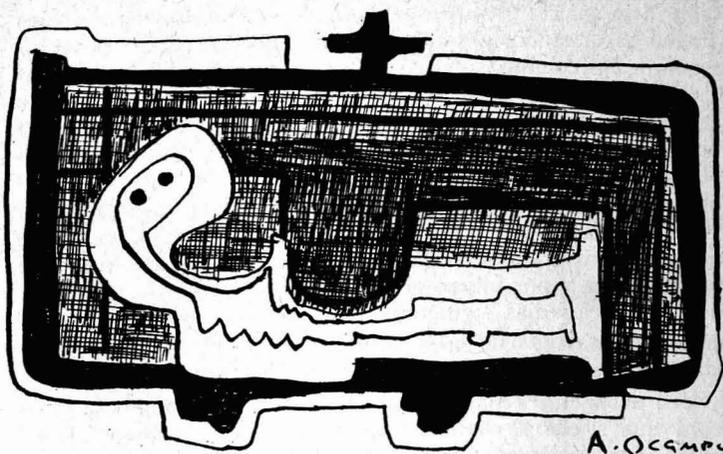
—No me gusta —dijo al fin—. Te ves como todo el mundo.

Inés soltó la puerta y dejó de sonreír, pero él se levantó enseguida, la abrazó diciendo que era mentira y le prometió llevarla al colegio todas las mañanas y pasar a recogerla siempre que pudiera.

—¿De veras? —preguntó ella.

—Sí —dijo él—. Todo va a ser igual que siempre.

Pero en el colegio, con la nueva forma de vida y las nuevas amistades, otra parte del mundo se abrió para ella. Las primeras semanas, Inés se sentía ligeramente incómoda entre sus compañeras. En varios sentidos, ellas eran distintas a las amigas que había tenido en el colegio anterior. La intimidad en el internado era mucho más fuerte y en cambio aquí todas las alumnas parecían estar en el colegio sólo de paso y no permitían que éste formara realmente parte de su vida. En las clases y durante los recreos se hablaba todo el tiempo del mundo de afuera e Inés se sentía incapaz de participar en las conversaciones. Sin embargo, la nueva realidad era mucho más fuerte y muy pronto nuevas amigas sustituyeron a aquellas cuyas cartas cada vez menos frecuentes ella dejaba también sin contestar. Ahora esas nuevas amigas hablaban de bailes y fiestas, algunas tenían novio y sus amigos iban a esperarlas a la puerta del colegio. Inés había aprendido a bailar en el internado, pero nunca había pensado en ir a una fiesta y daba por sentado que su madre no se lo permitiría, así que cuando recibió la primera invitación ni siquiera pensó en consultarle a su madre si podía ir y tampoco se la mencionó a Fernando. Habían pasado tres meses. Todavía, por las tardes, ella prefería hacer sus tareas y preparar sus clases en el estudio de su hermano, echada sobre la cama o sentada en el suelo, entre las esculturas, los libros llenos de polvo y las revistas deshojadas que Fernando dejaba amontonarse en un rincón sin decidirse a tirarlas, esperando a que él llegara de la universidad para conversar a solas hasta la hora de la cena. Pero aunque Inés hablaba muy poco de su escuela y él nunca le preguntó por sus nuevas amigas, de la misma manera que tampoco se había interesado antes por las dos o tres muchachas con las que ella hablaba en el coro del padre Anselmo y que en algunas ocasiones la habían acompañado hasta su casa, éstas seguían invitándola e Inés empezó a ir a estudiar a sus casas y a llevarlas a la suya, para que luego su madre le permitiera ir con ellas al cine o simplemente a dar una vuelta juntas. Graciela, su compañera de banco, había descubierto que Fernando iba a dejarla todas las mañanas y le preguntaba siempre por él; pero cuando Inés la llevó a la casa, su hermano se limitó a saludarla y antes de que Graciela



A. Ocaso

podiera contestar, las dejó solas en la biblioteca. A Inés esto le pareció absolutamente natural. Sus amigas eran, lo mismo que antes los amigos de él, un mundo aparte que no había que reunir y cuando a la salida de la escuela o durante alguno de sus paseos con ellas tuvo oportunidad de conocer a varios de sus amigos se mostró tan distante como su hermano.

Sin embargo, un día descubrió que uno de los muchachos que rondaban la escuela a la hora de la salida la miraba continuamente. Durante varios días, dejó que sus miradas se cruzaran brevemente, consciente de la ansiedad de él, sintiendo que a la sorpresa se unía una especie de orgullo. Él no saludaba a nadie y parecía estar ahí sólo para verla. Debería ser un poco mayor que Fernando y era menos delgado que él, pero Inés pensó que aproximadamente era de su misma estatura y trató de comparar sus facciones con las de su hermano, aunque en realidad no se parecían en nada, exceptuando la figura y la juventud. Siguió dejando que sus miradas se encontraran cada vez más tiempo hasta que en una ocasión él la siguió a unos cuantos pasos de distancia hasta la parada del camión. Al día siguiente, Fernando fue a recogerla. Inés vio cómo él la miraba subirse al coche y besar a su hermano, sintió pena y pensó que le hubiera gustado explicarle quién era; pero durante los días siguientes no lo encontró a la salida, e Inés se sorprendió pensando en él varias veces, con una especie de lástima por no haber llegado a hablarle ni a saber siquiera cómo se llamaba.

Una semana después, mientras caminaba con Graciela hacia la parada del camión, lo vio venir por la acera contraria en dirección opuesta. Al verla, él se detuvo un momento; luego dio la vuelta y empezó a seguirlos. Graciela tenía que tomar el camión en el lado derecho de la avenida. Cuando las dos amigas se detuvieron en la esquina, él se quedó parado también a unos cuantos pasos de distancia. Inés se despidió de Graciela consciente de la presencia del muchacho y al atravesar la avenida se volvió un instante para ver si la estaba siguiendo todavía. Llegó a la esquina contraria, se detuvo y esperó. El muchacho se acercó a ella.

—¿No se va con su amiga? —preguntó con la voz ronca, aclarándose la garganta al final.

Inés respondió con facilidad, sin turbarse, aunque interiormente se sentía un poco sorprendida de sí misma.

—No. Ella vive en el centro. Y usted ¿a dónde va?

Él contestó sonriendo ya:

—Contigo... Si me dejas acompañarte.

—Yo sólo voy a mi casa —dijo Inés.

—Te acompaño a tu casa entonces —contestó él.

Inés dudó un instante.

—Mi madre se enojaría... —explicó, pero luego agregó enseguida—: Pero puede dejarme en la esquina...

Él volvió a sonreír y se subieron juntos al camión. En el camino, Inés supo que se llamaba Enrique, vivía frente al colegio y desde muchos meses atrás la veía siempre a la hora de la salida y había sentido ganas de conocerla. Antes de despedirse, Enrique le preguntó quién era el muchacho que iba algunas veces por ella. Inés le contestó sonriendo:

—Mi hermano.

Desde entonces, Enrique la esperó todos los días a la hora de la salida, y la acompañaba hasta la esquina de su casa. A Inés, después de ese primer encuentro, le parecía que en realidad al hablar con él hablaba con uno de los amigos de Fernando. Todo era demasiado semejante. Enrique estudiaba también en la universidad y decía casi las mismas cosas que su hermano; pero muy pronto él empezó a pedirle que salieran juntos alguna tarde también y ella se dio cuenta de que nunca se atrevería a decir en su casa que tenía un amigo y le pidió que si algún día su hermano pasaba por ella, él no se acercara a saludarla. En cambio, le contó que dos veces por semana ensayaba en el

coro del padre Anselmo y también empezaron a verse a la salida de la iglesia. Desde el coro, mientras cantaba guiada por la música del órgano, dejando que su voz se perdiera entre las demás, con la mirada perdida en los grandes espacios vacíos de la nave, en la que sólo brillaban al fondo las velas del altar, Inés pensaba que Enrique la estaría esperando afuera, apoyado en la barda del atrio o quizás sentado sobre una de las antiguas lápidas semicubiertas por la hierba, y el hecho de sentirse diferente a las alumnas del convento y a las cuatro o cinco muchachas solitarias que formaban el coro le daba un sentido distinto a la música. Luego, con Enrique ya, caminaba por las calles solitarias, bajo la sombra de los castaños, dando rodeos para retardar más el momento de la despedida. Entonces, en cierta forma, la conversación de él le descubría a Inés una parte del mundo de Fernando que le era desconocida y muchas veces la imagen de los dos se le confundía cuando trataba de representarse mentalmente lo que él contaba de su casa, su forma de estudiar o lo que había hecho durante los días que no podía verla.

Aunque al llegar a su casa seguía más o menos la misma conversación con Fernando, en la momentánea sustitución había, sin embargo, un elemento nuevo que la turbaba y al mismo tiempo aumentaba el interés del cambio. Enrique le hacía sentirse continuamente a sí misma hablándole de sus ojos o de sus manos, advirtiéndole si se había cambiado el peinado y sobre todo escuchándola en lugar de hacerse escuchar. Pero, una de esas tardes, él intentó tomarle la mano y aunque Inés no se la cedió, por un instante pensó que si hubiera sido Fernando lo hubiera hecho y se lamentó de que en realidad no fueran la misma persona con plena conciencia de que en el futuro todo sería más difícil.

Casi simultáneamente, el padre Anselmo se dio cuenta de que Inés tenía un amigo desconocido que pasaba a recogerla a la iglesia. Esperó a estar seguro de que no era un encuentro casual y durante una de sus visitas se lo dijo a la madre. El primer impulso de ésta fue llamar inmediatamente a Inés y preguntarle quién era el muchacho y dónde lo había conocido; pero el padre la convenció de que era mucho más prudente averiguar antes por su cuenta y de mutuo acuerdo decidieron preguntarle primero a Fernando si sabía de quién se trataba, pues el padre pensaba que Inés debería haber conocido al muchacho por medio de su hermano.

La escena tuvo lugar en la biblioteca, después de cenar, cuando Inés se había retirado ya a su cuarto. Fernando respondió a la noticia con la misma sorpresa que su madre, unida a una indignación mucho mayor. Aunque al principio trató de identificar a Enrique con alguno de los amigos que antes de la llegada de Inés iban a la casa, descartó enseguida la idea y pidió, furioso, que lo dejaran averiguar quién era antes de hacer nada. El padre Anselmo, un poco alarmado, le recomendó que se calmara.

—No hay por qué asombrarse demasiado —explicó—. Después de todo, Inés ya tiene la edad suficiente para tener amigos; no tenemos ningún motivo para ver nada extraordinario en esto. El muchacho se ve tan decente como tú o como yo —agregó, sonriendo—. No hay por qué alarmarse; era algo que tenía que llegar. No querrás que tu hermana se quede a vestir santos ¿verdad?

Fernando no respondió.

—Mi opinión y mi consejo —siguió el padre—, es que tú, María, hables con ella y le pidas cordialmente, como una amiga, que te lo explique todo. Quizás Inés se siente demasiado sola, no habría nada malo ni peligroso en permitirle que sus amigos, ya que hemos visto que los tiene, la visiten en su casa. Éste es el mejor lugar que podría encontrarse. Así, tú conocerías a sus amistades, podrías juzgarlas y al mismo tiempo la tendrás vigilada.

—Inés parecía tan interesada en sus estudios y en la escuela, nunca pensé que... Aquí lo tiene todo... —dijo la madre, acomodándose nerviosamente el chal y sin atreverse a mirar a Fernando, que desde la primera intervención del padre Anselmo justificando a su hermana se había quedado con la vista obstinadamente clavada en el piso y ni siquiera parecía escuchar la conversación.

El padre Anselmo se acercó a la madre y le puso la mano en el hombro.

—Bueno, bueno, todo puede arreglarse. Mañana por la mañana hablas con ella sin regañarla, inspirándole confianza y le pides que traiga al muchacho a la casa.

—¿Y yo? —dijo entonces Fernando—. Yo soy su hermano.

—Tú nada; no tienes por qué preocuparte. Tu madre sabrá arreglarlo todo perfectamente.

—Inés no sabe lo que quiere —dijo él.

—Ya ves que sí. Lo importante es que sepamos guiarla hacia lo más conveniente —contestó el padre.

Fernando pidió permiso para retirarse y se encerró en su estudio. Ahí esperó hasta que los ladridos de los perros le indicaron que el padre Anselmo se había retirado y sólo entonces regresó a la casa. Alcanzó a su madre en la escalera, la besó en la mejilla y sin comentar nada se metió a su cuarto; pero en lugar de acostarse esperó un largo rato inmóvil, sentado en la orilla de la cama y luego, a través de la puerta del baño, entró al cuarto de Inés. Ella estaba acostada ya, leyendo uno de los libros de Fernando y ni siquiera se sobresaltó al verlo entrar. Dejó el libro abierto todavía a su lado y lo recibió sonriendo.

—¿Qué pasa?

Fernando se detuvo un momento turbado; luego, avanzó hacia ella y se sentó en la orilla de la cama. Inés intentó tomarle la mano, pero él la apartó casi con violencia.

—¿Qué te pasa? —dijo ella otra vez.

—Nada. ¿Cuándo piensas quitar esas muñecas?

—Nunca. Me gustan mucho. ¿Por qué? —contestó ella.

—Me molestan.

Por primera vez, a Inés le pareció que ella era más grande que él. Volvió a tomarle la mano y a pesar de su resistencia la mantuvo entre las suyas.

—Dime qué te pasa —insistió.

Él retiró la mano otra vez.

—Quería verte. Mamá va a hablar contigo mañana, pero yo quiero saberlo antes. ¿Quién es ese amigo tuyo?

—¿Qué amigo? —dijo ella, consciente de la importancia de que Fernando tuviera que preguntarle algo y esperar su respuesta.

—Uno con el que te ha visto el padre Anselmo —dijo él, sin mirarla.

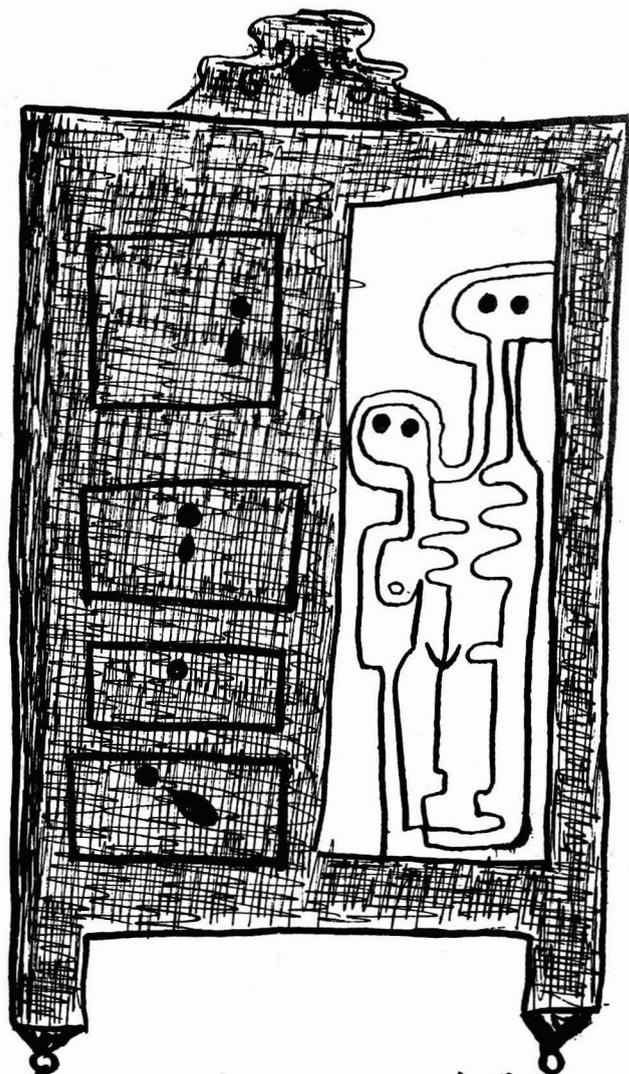
—No sabía que me hubiera visto. Debe ser Enrique... Es un amigo que conocí a la salida de la escuela.

—¿Cuándo? —preguntó él.

—Hace dos meses. ¿De eso querías hablarme?

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No sé. Pensé que no te interesaría. Es sólo un amigo.



A. Ocampo.

Pero es muy simpático. Estudia también en la universidad, medicina. ¿Tú no tienes amigos en medicina? Quizás alguno lo conozca.

—No, no conozco a nadie ahí.

—Y mamá ¿qué dijo al saberlo? ¿Se enojó?

—No lo sé. Va a hablar contigo mañana.

Inés se quedó callada un momento, sin mirar a Fernando.

Luego se volvió hacia él y preguntó:

—¿Te molesta a ti que lo vea?

—¿Te gusta? —contestó él.

—Qué te importa —dijo entonces Inés, sonriendo.

Fernando se levantó violentamente y se dirigió hacia la puerta. Inés salió de la cama para detenerlo, pero cuando llegó a la puerta él ya había salido, cerrando tras de sí.

Al día siguiente, Fernando salió de la casa antes de que ella se levantara y no regresó en todo el día. Durante la comida, la madre habló con Inés. Ella acababa de contarle a Enrique que los habían visto juntos y quizás tendría que dejar de verlo; pero él le aseguró que estaba dispuesto a hablar con su madre y por primera vez le dijo que la quería y le pidió que fuera su novia. Inés no supo qué contestar. Sin embargo, luego, dejó que le tomara la mano, consciente de que en parte lo hacía porque Fernando no había ido a llevarla a la escuela, y al despedirse le prometió a Enrique que de todas maneras seguiría viéndolo.

Cuando la madre le dijo que no pensaba prohibirle la amistad con Enrique y sólo quería pedirle que se lo presentara y lo viera en la casa en lugar de en la calle, se levantó para besarla y pocos días después Enrique entró por primera vez a la casa.

Con las visitas de Enrique, la vida de Inés cambió por completo. De vez en cuando, Graciela iba también a verla a su casa y algunas tardes, con el permiso de su madre, las dos salían con Enrique al cine o a tomar un helado. Fernando dejó de ir a recogerla a la escuela y a pesar de la prohibición de su madre, Enrique la acompañaba hasta la esquina de la casa todos los días. Aunque todavía no había aceptado ser su novia, Inés dejaba entonces que le tomara la mano; pero en una ocasión él intentó besarla y ella se apartó instintivamente, casi con violencia, asustada.

—No iba a hacer nada malo —dijo Enrique, sorprendido y un poco avergonzado—. Te quiero.

—Ya lo sé —dijo ella, arrepentida, sin poder explicarse a sí misma por qué había reaccionado así—. Y también creo que no es nada malo; pero no puedo hacerlo ahora. Tienes que esperarme.

—Pero ¿me quieres?

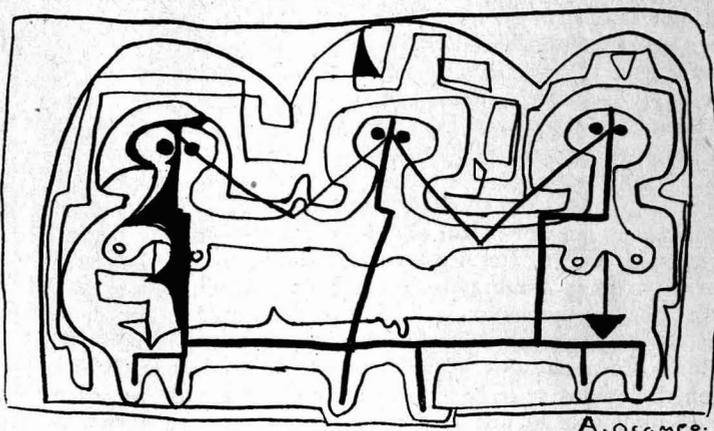
Inés lo miró un instante y movió la cabeza afirmando:

—Creo que sí. Pero déjame ahora —dijo.

Y corrió hacia la casa, sin volverse a mirar a Enrique, que se quedó parado en la esquina, mirándola alejarse.

Después, a solas, en su cuarto, se prometió a sí misma dejarse besar la siguiente vez que él lo intentara; pero cuando llegaba el momento algo la detenía y casi contra su voluntad, terminaba negándose. Entonces creía que lo que pasaba en realidad era que no quería a Enrique, aunque tampoco se sentía capaz de enfrentar la posibilidad de dejar de verlo, porque de alguna manera sentía que ella lo había cambiado por Fernando la noche en que éste fue a su cuarto y ahora tenía que dejar que ocupara su lugar.

En la escuela, hablando con Graciela, o en la casa, cuando los dos estaban solos, pero el conocimiento de que la madre los vigilaba desde el salón y podía entrar en cualquier momento a preguntarles si no querían tomar algo o a sugerirles que prendieran la luz impedía incluso que él le tomara la mano durante algo más que unos cuantos minutos, todo parecía fácil y natural. Enrique hablaba interminablemente y mientras lo escuchaba, en el ambiente que la había rodeado toda su vida, mirándolo sentado en uno de los sillones de cuero donde también se habían sentado su padre y su hermano, Inés podía examinarle atentamente los labios y seguir sus movimientos, advirtiendo lo diferente que era de los suyos o los de Fernando y pensando que él también terminaría siendo parte de la casa y no habría ya nada que temer. Pero conforme pasaba el tiempo, Enrique era cada vez más exigente. En lugar de hablar de la universidad o de sus amigos insistía en que Inés le demostrara que lo quería y protestaba continuamente por lo que consideraba tonterías de ella y de su familia. Al principio había tomado con naturalidad la indiferencia casi grosera de Fernando, que se había limitado a saludarlo el primer día y desde entonces jamás había pasado de ese saludo distante; pero ahora le molestaba y sobre todo insistía en que ella debería dejarse besar.



—Es lo que hace todo el mundo y yo soy como todos y te quiero. Voy a casarme contigo.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Falta mucho.

—No tanto.

Entonces la voz de Enrique se hacía suave otra vez:

—Tú no sabes lo que es para mí estar contigo. Todas las tardes llevo temblando; por eso quiero sacarte de aquí.

Inés volvía a mirarle atentamente los labios y por la noche, mientras cenaban, trataba de recordarlos comparándolos con los de su hermano, que comía en silencio. Pero al fin, Enrique logró vencer su resistencia. Habían terminado las clases y los días eran cada vez más cortos. Por la mañana, Inés vagaba por la casa sin saber qué hacer, separada de todos y sintiéndose ajena a ella. A veces se encontraba con Fernando, pero él se limitaba a preguntarle cómo estaba y volvía a dejarla sola enseguida. Entonces, Inés sentía que era injusto y lo odiaba por hacerle las cosas tan difíciles. Desde la primera visita de Enrique su actitud era siempre la misma. En lugar de reclamarle se había limitado a hablarle a ella con la misma indiferencia con que lo saludaba a él, y aunque Inés se negaba a admitir sus verdaderos sentimientos y trataba de ver el rencor de su hermano como un triunfo suyo, su desprecio disminuía a Enrique ante sus ojos. Por eso, como una especie de venganza, una tarde en que su madre había recibido visitas y no podía negarle el permiso, en lugar de quedarse en la sala de juegos, salió con Enrique al jardín, consciente de que él intentaría besarla enseguida. El sol se había ocultado ya, pero las siluetas oscuras de los cipreses se recortaban todavía contra un cielo claro y despejado. Inés tomó a Enrique de la mano y lo llevó hacia la alambrada, contra la que los perros ladraban inútilmente. Ahí, él le tomó la cara con una mano y acercó sus labios a los suyos. Pero en lugar de cerrar los ojos como él, Inés trató de verle los labios hasta el último momento, como si tratara de reconocerlos.

Al día siguiente, mientras Fernando dormía, regresó al estudio de su hermano por primera vez desde que Enrique había empezado a ir a la casa. Había esperado siempre que el barro estuviera seco y más que ninguna otra cosa, le dolió comprobar que Fernando se había ocupado de él. Miró un instante las nuevas figuras que no conocía, palpándolas suavemente con la punta de los dedos con una mezcla de alegría y nostalgia, guardó bajo la cama los libros esparcidos por todos lados tratando de sacudirles el polvo, y de pronto se echó sobre la cama y rompió a llorar, cubriéndose la cara con las manos sucias, furiosa consigo misma.

De regreso, en el patio, se encontró a Fernando. Él se quedó parado a unos cuantos pasos de ella, turbado.

—¿Estuviste ahí? —dijo al fin, señalando con un movimiento de cabeza el estudio.

—Sí. Te guardé los libros —dijo Inés.

Fernando extendió una mano y le pasó los dedos por la mejilla.

—Tienes la cara sucia.

Instintivamente, ella inclinó la cabeza, sujetándole la mano contra su cara con el hombro.

—¿Por qué eres así conmigo?

Él retiró la mano y se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo.

—Pero yo no he hecho nada malo —dijo ella—. Enrique es un muchacho como todos los demás.

—No es eso. Antes estábamos juntos. Ahora es diferente. Tú no puedes entenderlo.

Inés lo miró, desconsolada, y se frotó los ojos con la mano.

—Pero yo quiero que estemos juntos otra vez. Si tú fueras un poco más amable con Enrique todo sería más fácil, estoy segura.

—Voy a hacerlo, te lo prometo. Pero quítate la mano de los ojos —dijo él de pronto, sonriendo por primera vez.

Le separó la mano de la cara, dejándola entre la suya y regresaron juntos a la casa.

Después de comer, Inés subió al cuarto de él a conversar, como antes, sin advertir el paso del tiempo, y cuando llegó Enrique los dos bajaron juntos. Fernando se quedó una hora con ellos, conversando con Enrique mientras Inés los escuchaba excitada, casi sin intervenir. Luego él dijo sonriendo que ellos querían estar solos y a pesar de las protestas de ella, los dejó; pero antes, aceptó la sugestión de Enrique de que al día siguiente salieran los tres juntos, con Graciela. Fueron al cine y aunque Fernando aceptó también la invitación de Graciela para ir a una fiesta una semana después y prometió que le sacaría a su madre el permiso para Inés, ésta se dio cuenta de que jamás le dirigía la palabra a ella directamente y en toda su actitud había algo forzado que la hacía sentirse incómoda y triste.

Sin embargo, Inés no se atrevió a decirle nada y a media semana él bajó a la sala de juegos para decirle a ella y Enrique que ya había conseguido el permiso para la fiesta. Enrique, que ya había comentado con Inés el cambio de actitud de Fernando y creía ver en él una prueba del interés de ella por que las cosas fueran más fáciles, se levantó, bromeando, a abrazarlo. Por un instante, Inés sintió que lo odiaba y tuvo que vencer el impulso de levantarse a separarlos, pero durante los días siguientes la excitación de la fiesta le hizo olvidarlo todo e incluso dejó que Enrique volviera a besarla en una ocasión, abandonándose por un momento del todo en sus brazos, volviendo a sentir que él tenía una realidad que le pertenecía por completo, la llevaba a descubrir nuevas cosas y la hacía sentirse distinta.

La noche de la fiesta, Enrique pasó a la casa por ellos, aunque iban a ir en el coche de Fernando. Antes de que él llegara, Inés había entrado al cuarto de Fernando para enseñarle su vestido; pero él apenas la miró y sólo le preguntó sonriendo forzosamente si sabría bailar. En cambio, a Inés le fue muy fácil descubrir la admiración en los ojos de Enrique cuando la recibió en la sala. Los tres pasaron por Graciela y Enrique e Inés se pasaron atrás cuando ésta se subió al coche.

En la fiesta, al principio, Inés se sintió un poco turbada. La música sonaba demasiado alto y la sala resultaba insuficiente para el número de parejas, que chocaban de continuo entre sí. Al llegar, ellos se quedaron un momento aislados en un rincón, pero luego Enrique le pidió a Inés que bailara y mientras le pasaba el brazo por la espalda ella vio a Fernando que se levantaba también a bailar con Graciela. Enrique acercó la cara

a la suya, abrazándola estrechamente. Ella perdió de vista a su hermano y se dejó llevar. Mucho después, su mirada se encontró de pronto con la de él. Fernando bailaba también con la cara pegada al pelo de Graciela, pero al mirarle los ojos Inés se dio cuenta de que no había dejado de seguirla con ellos y en realidad estaba bailando con ella. Desde ese momento, ella también buscó de continuo su mirada, consciente de la presencia de Enrique sólo por la necesidad de guiarle los pasos para provocar el encuentro. En una ocasión, Inés le sonrió mientras se veían mutuamente a los ojos; pero él no contestó a su sonrisa y cuando los cuatro volvieron a estar juntos e Inés le pidió que bailara con ella se negó resueltamente, afirmando que prefería bailar con Graciela, pero volviéndola a buscar con la vista enseguida.

En el camino de regreso, Inés volvió a encontrar sus ojos en el espejo retrovisor. Enrique la llevaba tomada de la mano, pero ella era ajena por completo a su presencia y sabía que Fernando lo entendía también. Primero, fueron a dejar a Graciela y luego Fernando intentó llevar a Enrique, pero cuando él se negó, no insistió y aceptó que los acompañara hasta la puerta de la casa sin intentar discutir.

Al despedirse de ella, mientras Fernando encerraba el coche, Enrique la besó en la mejilla. Los perros se habían salido a la calle y giraban alrededor de ellos, moviendo la cola y gruñendo de placer, alejándose unos cuantos metros y volviendo enseguida a su lado. Fernando los obligó a entrar antes de despedirse de Enrique y luego cerró la puerta tras de ellos.

La casa, completamente apagada, se veía como una enorme mancha oscura, semioculta por los árboles. Fernando tomó a Inés ligeramente del brazo y caminaron unos cuantos pasos en silencio. Luego, ella se apoyó un poco más en él y preguntó:

—¿Estás conmigo?

—Sí —contestó él.

—Me hubiera gustado mucho bailar contigo. ¿Por qué no quisiste? —siguió ella.

—No sé —dijo él—. Me gustaba mirarte.

En lugar de responder, Inés le apretó la mano contra su costado con el brazo.

Entraron a la casa por la cocina y Fernando se sentó en la sala, sin prender la luz.

—Es muy tarde —dijo Inés—. Voy a ver si mamá está dormida.

Fernando no contestó. Inés subió las escaleras y cuando regresó él seguía en el mismo lugar, con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en la parte superior del respaldo del sillón. Inés se sentó a su lado, en el brazo del mismo sillón y vio que él tenía los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa? —dijo, tocándole suavemente los párpados con la punta de los dedos.

—Estoy pensando —dijo él.

—¿En qué?

—En ti; en mí.

Ella le tomó la mano y tiró suavemente de él, invitándole a ponerse de pie.

—Ven.

—¿A dónde?

—Ven.

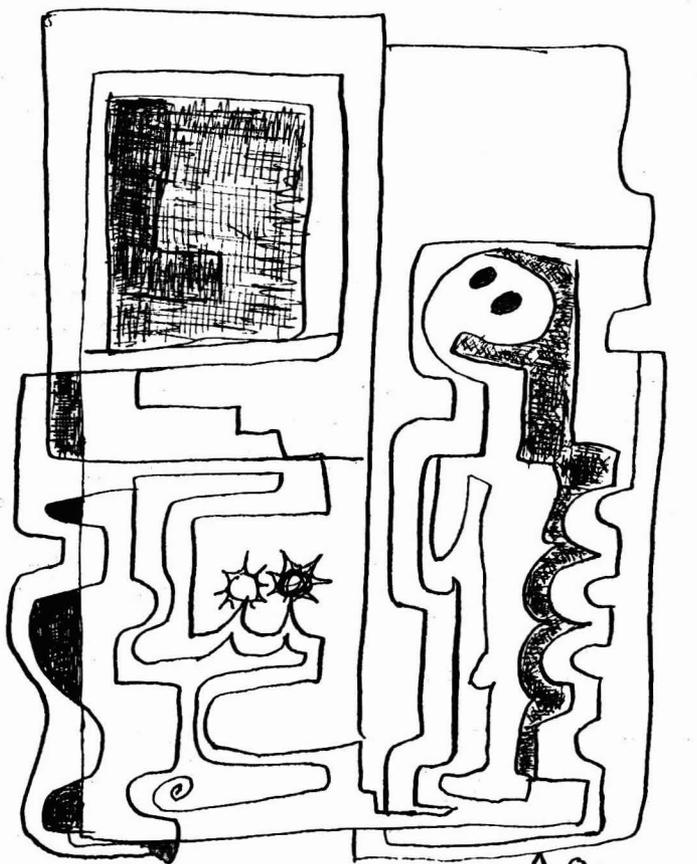
Lo llevó de la mano hasta la sala de juegos y se quedó parada junto a él.

—Quiero que bailes conmigo. Yo soy la que quiere.

Bailaron sin música, en silencio, entre las sombras oscuras y conocidas de los muebles. Inés sintió su mano abandonar la suya y subir por su brazo para abrazarla por completo y cerró los ojos para esperar la boca que respiraba apenas contra su mejilla. Cuando llegó, supo que lo que había esperado siempre era ese viaje hacia atrás, hacia sí misma, donde todo era conocido y el tiempo dejaba de existir.

Para Enrique, con el tiempo, Inés se convirtió en el recuerdo de algo que había sido siempre imposible. Durante muchas semanas, primero sorprendido, desilusionado y un poco ofendido después, trató que las cosas siguieran adelante; pero Inés, sin ni siquiera rechazarlo abiertamente, ponía entre ellos una distancia infranqueable y al fin, una tarde, pálida y seria, le pidió que no volviera. En el transcurso de esas semanas había adquirido una seguridad que lo desarmaba y él ya no se sintió capaz de insistir.

Mucho después, un día, cuando ya había olvidado todo, vio que habían tirado la casa y el terreno cubierto de escombros estaba en venta.



A. OCCORPO.